

El mundo inefable de la música

Escribe: ANTONIO PANESSO ROBLEDO

DICCIONARIO OXFORD DE LA MUSICA: *Por Percy A. Scholes.* Edit. Sudamericana. Buenos Aires.

En 1938 apareció el *Oxford Companion to Music*, un libro de la famosa serie Oxford ya clásica como colección de manuales de alta cultura, escrito por el profesor Percy A. Scholes. Salieron luego ocho ediciones más, que se perfeccionaban y adicionaban de acuerdo con los nuevos nombres que llegaban al panorama artístico del mundo en la zona de la música y con nuevos conocimientos sobre los viejos maestros. De la última edición, que puede llamarse definitiva (el autor murió en 1958) se ha hecho la versión española de esta obra magnífica ("Diccionario Oxford de la Música", Edit. Sudamericana, Buenos Aires 1964, distribuido por Tercer Mundo) probablemente nunca superada en su género, no solamente para los aficionados a la música sino como guía de cultura general.

La traducción a nuestro idioma se ha hecho con mucho cuidado lingüístico y además con adaptaciones especiales para los lectores de habla española. La versión de un diccionario tiene dificultades especiales por el hecho, no muy obvio pero esencial, de que no se puede seguir el mismo orden del original, por la simple razón de que el orden alfabético de las palabras nunca es igual en dos idiomas y menos aun tratándose de dos lenguas tan disímiles como el inglés y el castellano. Ello aparte, hay que mantener muchos términos técnicos o nombres propios intraducibles o cuyos equivalentes en español no forman parte de la lengua común. El trabajo total ha producido un gran volumen de unas 1.300 páginas que sin embargo resulta fácil de manejar porque no es demasiado voluminoso y está excelentemente organizado en su material, no limitado a las palabras y nombres de artistas o ejecutantes sino con secciones aparte y sinopsis muy útiles sobre diversos aspectos de la musicología, los instrumentos, las bases teóricas, todo ello esencial para quien crea que la música no es simplemente una colección de discos.

La melomanía se ha extendido muchísimo en el mundo, con los progresos de la técnica y por otras razones más profundas. Un concierto, en

efecto, se parece más a los antiguos ritos religiosos colectivos que cualquiera otra forma artística. La pintura es individualista y además se limita mucho a los elementos tangibles materiales, como la arquitectura y desde luego la escultura. La literatura es la que más se parece a la música en su aspecto religioso, con la ventaja a favor de la música de que reúne efectivamente a los hombres en la comunión de los santos. Duhamel decía, precisamente, que la música exige “la presencia real”, utilizando una frase del léxico religioso para indicar la necesidad de que el ejecutante esté presente, que no se convierta en una cinta magnética.

El otro aspecto de la meiomanía es la cultura externa a la música misma, tan ignorada por muchos aficionados a la música, que distinguen el tema de una sinfonía pero confunden la época en que vivió el autor, o apenas tienen una idea vaga de los instrumentos, su naturaleza, posibilidades e historia. También entre los musicólogos existe la escuela idealista según la cual la música es lo que es, en sí misma, y que no necesita aditamentos eruditos. Es cierto, en principio, pero en la práctica no se disfruta de la música si no se sabe colocarla en su época, en su circunstancia histórica, en la corriente general del mundo. Hace unos decenios, la escuela literaria de Benedetto Croce sostenía una tesis purista semejante respecto a la literatura, en una reacción natural y legítima contra el otro extremo, el eruditismo alejandrino que sabía todos los accidentes de los versos homéricos pero no entendía su poesía. La verdad parece estar en la línea mediana que nos aconsejaban los clásicos: sensibilidad artística, con un conocimiento suficiente de los hechos que rodean a la creación de la belleza. En música, el Oxford Companion es probablemente la mejor guía para quienes no son profesionales de la historia de la música pero han superado la etapa primitiva de los conocimientos elementales. Es el libro natural como compañía de cualquier discoteca.

EL PENSAMIENTO MUSICAL: *Por Carlos Chávez.* Fondo de Cultura Económica. México.

Mucha gente cree que “no entiende la música”. Y se refiere, claro está, a lo que suele llamarse, sin mucha razón, “clásica”, como si fuera un mundo aparte, al alcance solo de los privilegiados o de los eruditos. Es claro que el arte exige un mínimo de cultura previa para comprenderlo en todo su significado. Pero es inexacto que la cultura, en general, sea necesaria y eternamente una actividad para minorías o que solo un grupo selecto puede comprender las creaciones del humano ingenio.

El arte es comunicación. O sea un puente entre el creador y sus semejantes. Si los demás no fueran eso, semejantes, no habría arte. Cuando no hay comunicación no puede haber, realmente, arte alguno, así como no hay sonido (a lo sumo simple vibración) cuando no hay oreja que lo reciba. Y la música es una de las formas del arte más accesibles a todo el mundo, a su manera. Varios artistas creadores, entre ellos Aaron Copland, han escrito tratados para tratar de explicar con palabras lo que hacen con sonidos. Y no ciertamente que se pueda traducir la música a la literatura

sino que los guías, en esa tierra misteriosa, son siempre útiles, cuando no son críticos esotéricos. Carlos Chávez, uno de los grandes compositores latinoamericanos, ha escrito un breve tratado ("El Pensamiento Musical", Fondo de Cultura Económica, 1964) precisamente a manera de guía para penetrar, de manera sencilla y pura, en los rudimentos de un arte que es técnica y poesía, creación y al mismo tiempo sometimiento a reglas fijas y a elementos materiales, los instrumentos de interpretación.

El arte es comunicación, claro está. Pero también es forma. Y la forma en música es uno de los capítulos más agradables de este pequeño libro (menos de un centenar de páginas, que fue originalmente un cuadernillo de la Universidad de Harvard), sobre el ritmo y la simetría, que no son esencialmente diversos en una pieza musical, primitiva o popular, y en una gran obra del arte "clásico", una sinfonía por ejemplo. ¿Son más arte las formas mayores que las menores? ¿Hay progreso en la evolución de la música, del arte en general? Carlos Chávez se inclina a la respuesta negativa. Y cita, muy oportunamente, la opinión aristotélica: "Para ser hermosa, una criatura viva y cualquiera otra hecha de partes, no solo debe contener un cierto orden en el arreglo de sus partes sino también cierta magnitud definida. La belleza es cuestión de tamaño y de orden". Tamaño no quiere decir, evidentemente, grande ni pequeño, sino simplemente medida. Una miniatura puede ser —y es de hecho muchas veces— una obra de arte más perfecta que un fresco. Pero no es siempre el caso. Hay formas mayores que indudablemente representan una creación también mayor. La evolución de la música, en la forma sonata por ejemplo, ha exigido eso que llamaba Aristóteles "magnitud definida", de la misma manera como Miguel Angel no habría podido ser lo que fue dedicado a la miniatura.

El problema, planteado así, es probablemente insoluble. Y lo es porque en realidad las nociones de tamaño y progreso no son propiamente estéticas sino históricas o matemáticas. Es una cuestión semejante a la que se plantea con el tipo de sociedad que puede producir determinado tipo de arte considerado mayor, o "clásico", para usar la palabra consagrada. ¿Puede un país subdesarrollado producir al gran artista? Generalmente se dice que no, porque la aparición del arte presupone una tradición y un medio cultural. Pero "Nuestro Señor ha sido un poco caprichoso", anota Carlos Chávez, y para comprobarlo cita el caso de un pequeño país, uno de los más pequeños y menos desarrollados y que sin embargo produjo al poeta más grande de América en su tiempo y quizá también de la lengua española, en su género: Rubén Darío, de Nicaragua.

El talento es un misterio. Como tal lo dejó Freud, sin atreverse a mezclarlo directamente en sus teorías psicoanalíticas, que sin embargo trataron de comprender prácticamente toda la actividad humana. Y el arte también es un misterio. Pero a él se llega por caminos directos, con la sensibilidad de una persona normal y un poco de ayuda. Y Chávez, que es un creador, sabe también guiar por los caminos de su propio misterio.